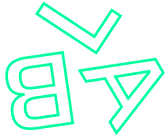




Reseñas críticas





RESEÑAS CRÍTICAS

Desertemos: de cómo dar la batalla cuando no se quiere ganar la guerra — 1

JAIME ACHAVAL

Diccionarios del español de la Argentina desde una perspectiva glotopolítica — 6

LUCÍA FRANCISCA GODOY

Desentrañando la política en la Argentina: Liberalismo y democracia en perspectiva histórica — 12

ABRIL AGUSTINA FREGA

El año cero de la revolución. Cuba y antirracismo durante 1959 — 17

MARTÍN RIBADERO

Comentario a Agustín Cosovschi y José Luis Aguilar López-Barajas, Nueva Historia del comunismo en Europa del Este — 21

JUAN M. MARTIREN



Desertemos: de cómo dar la batalla cuando no se quiere ganar la guerra

Reseña crítica de Berardi, F. "Bifo", (2024). *Desertemos*. 1 ed. Vol. 1. Editorial Prometeo.

Jaime Achaval
jimmyachaval@gmail.com

Una idea fuerza orienta *Desertemos* de Franco "Bifo" Berardi: una sensación nacida de ver en el conflicto bélico que Rusia y Ucrania generaron en su frontera desde el 2022, un caso particular de la pulsión general que se hace presente allí donde haya comunidades humanas. Así como una intención de entender a la maquinaria de guerra actual como la continuación de un legado más amplio, en una historia donde la virtud aristocrática, con sus modos particulares de dar la muerte, habría cedido paso al etnonacionalismo. Éste se caracteriza por deshumanizar al extraño, extendiendo la automatización agobiante que nos imponen las formas en que nos relacionamos, y que son producto de los cambios en la técnica para propagar y producir información que conforman también a los modos de vincularnos los unos con los otros. Cambios exponencialmente incrementados durante y a continuación de la pandemia, al ámbito de la guerra.

La principal virtud de la obra está en su sagacidad a la hora de describir las condiciones sociales en las cuales llevamos adelante esa guerra propia de los cuerpos mecanizados y que pueden vincularse con cualquier otro –incluyendo a aquel que se mata– de manera tal que sea prescindible su humanidad. La noción de generación post-alfabética que Bifo toca en este libro es una particular subjetivación que acontece también en quienes ejecutan la guerra, con máquinas de matar que optimizan al máximo los tiempos y la cercanía necesaria entre los combatientes, en un mismo marco donde *el otro* como entidad es una hipótesis cada vez más audaz. Allí aparece la idea del nazismo operando otra vez en plena Europa, un fantasma cuyo soplo Bifo ya siente como exhalación de innegable vitalidad. El modo en que plantea esa vigencia recuerda acaso al *Réquiem* alemán que Borges pondría en boca de un soldado sólo en apariencia derrotado: *Se cieme ahora sobre el mundo una época implacable. Nosotros la forjamos, nosotros que ya somos su víctima. ¿Qué importa que Inglaterra sea el martillo y nosotros el yunque? Lo importante es que rija la violencia, no las serviles timideces cristianas. Si la victoria y la injusticia y la felicidad no son para Alemania, que sean para otras naciones. Que el cielo exista, aunque nuestro lugar sea el infierno* (Borges, 2011, p.111).

Bifo corrobora que el cielo del requiem alemán perdura, y no teme afirmar que en ambos términos del combate que se desató en medio de Europa se encuentran peleando encarnaciones del nazismo. Este enfrentamiento entre mundos que comparten una misma cosmogonía resulta ser aquello que fuerza a pensar; un epifenómeno de la patología que atraviesa a occidente y que conduce inexorablemente a la guerra. Inexorable, porque el destino de una sociedad es el enfrentamiento

perpetuo, y patológica, porque hoy la guerra se enmarca en una sociedad que convive con ella en el contexto más amplio de la vida administrada por un criterio de super-productividad, que instauro la depresión como forma de conocimiento generalizada.

El primero de estos puntos es tan central para comprender la fatalidad de la que Bifo quiere hablarnos que ocupa todo un capítulo en dar cuenta de él: ¿Por qué la guerra?, donde trata al tema como un universal, por fuera de todo contexto en el cual puede que cualquier guerra se haya dado, trayendo dos visiones contrapuestas del fenómeno bélico: bien como estado de excepción para una sociedad que puede (o podría, dada una potencia no actualizada) evitarla, como evento antinatural que de ningún modo le es necesario transitar; o bien como la normalidad de las relaciones humanas, una tesis según la cual “la guerra, lejos de ser un estado anormal, es la condición natural del inconsciente colectivo, en un sentido precisamente jungiano: la fuerza de pertenencia mítica en base a la cual los grupos se identifican, modela el comportamiento natural en forma de guerra. La convivencia pacífica, así, puede considerarse sólo como una suspensión de ese instinto” (Berardi, 2024, p.79).

De todas formas, el mundo sigue ahí afuera todo el tiempo, y Bifo sabe bien que la guerra que mueve los hilos de esta reflexión es la que sucede hoy en su Europa, donde el mundo le parece estar jugándose (otra vez) su destino; y es a partir de considerar que la guerra es además de intrínseca a las sociedades un ritual de iniciación en las mismas, que se ha visto modificado él mismo por la técnica contemporánea, que Bifo nos obliga a mirar la sociedad en la cual ingresamos dada la guerra que efectuamos. Creo que otro de los grandes méritos del autor es esta doble pinza con la cual la guerra habla de nosotros: por un lado, nuestro modo de vida la explica, desde el momento en que la guerra se hace con las categorías de nuestra imagen manifiesta del mundo. Pero también porque en tanto nuestra sociedad llega a hacerla, la guerra implica una transformación en quienes la efectúan.

Sobre el primero de estos méritos, el análisis de *cómo* se llega a realizar conflictos como los existentes, con las características deshumanizantes que ellas tienen, es que Bifo realmente despliega mucho de lo que hace de él un autor que convoca a leerlo una y otra vez. Si las guerras de la primera mitad del siglo XX eran vistas para Reich como algo posible por la cultura represiva que se cernía sobre los cuerpos de individuos que no sólo la permitían, sino que también activamente purgaban sus limitaciones en la deshumanización de un otro, la guerra actual, que resulta del desmoronamiento de occidente, tras un fugaz período de aparente paz, tiene en la psicología de sus masas un modo de ser muy diferente. Ya no se trata de haber inhibido al deseo, sino del resultado de haberlo liberado y hiper-estimulado al punto de agotarlo.

La guerra hoy como siempre tiene así un lugar asegurado en general en la historia dado conflicto intrínseco a la vida en sociedad, pero con la particularidad actual de que los cuerpos que hoy la llevan adelante han llevado al paroxismo la deshumanización del otro, un elemento central que nos sugiere que las guerras que nos acucian se han consumado y alcanzado un *summum* que les era imposible antes de la automatización de la matanza. Nuestro autor cita con un asco palpable el caso

del príncipe Harry, quien habría asesinado “sin sentir orgullo ni vergüenza” a “más de dos docenas de talibanes” (quizás fueran talibanes, lo dice él, pero es más probable que se tratase de desafortunados civiles) porque “le parecía que estuviera disparando a peones en un tablero de ajedrez” (Berardi, 2024, p.82).

Es por esto que el ideario del guerrero en la era donde dar la muerte se automatizó implica el pasaje de una cultura aristocrática, donde la muerte se da frente al otro, al etnonacionalismo que parte de la deshumanización del extraño y su asesinato remoto, por la mera pulsión de matar. En parte aquí hay que encontrar al nazismo que se pliega sobre sí mismo en Europa. Existe aquel cielo del soldado alemán, la guerra pone un *ellos* cuyo ser se desdibuja para someterlo a una máquina de matar, pero no sólo porque la violencia haya escalado frente a esas *serviles timideces cristianas* en y por sí misma, sino porque el modo en que conocemos y nos relacionamos con nuestro mundo, el propio esquema conceptual que nos guía a cada momento para recolectar la información no puede sino alejarnos de la vida con los otros, el sufrimiento con el extraño o la dicha de estar juntos.

Si la guerra como fenómeno inherente a la sociedad es uno de los cuernos del dilema que nos plantean los conflictos bélicos presentes, la mente colectiva contemporánea es aquel otro que explica las particularidades que ellos tienen hoy. Ya no se trata de la psiquis inhibida cuya liberación pulsional derivó en los fascismos del siglo XX. Bifo nos invita a comprender los conflictos anímicos de occidente a partir del esquema conceptual propio de generaciones post-alfabéticas, niños que han aprendido su lenguaje de una pantalla en mayor medida que de sus padres, una mente que incorporó desde su infancia que todo ha de consumirse hasta el hartazgo, que la corporeidad no es más que una mercancía entre otras, y que por ende el placer es intangible, dando lugar a una ansiedad y una depresión propias de nuestro tiempo. Al identificarla con nuestro tiempo, esta depresión extendida tal como Bifo la entiende es más fuerte que una mera generalización de la patología; está pensando en la depresión es una forma de subjetivación, un modo de conocer que es el más cercano a la verdad, pues entra en contacto directo con el *factum* de la irreversibilidad del tiempo, el horizonte último de la muerte acechando a cada instante.

Así dada la automatización, es esperable que la misma dinámica se extienda a la matanza, cosa consecuente con nuestro mundo cuando percibimos la vida y todo en ella se ha mecanizado; el flujo ininterrumpido de información entre el medio y nuestra persona a través de actividades que no implican a un tercero, prefabricadas y prefiguradas, produce psiquis que carecen de la famosa “teoría de la mente del otro”, acostumbradas a conversaciones que pueden prescindir de su interlocutor. Esta soledad radical a la cual se someten hoy las personas no puede ser sino causa de su infelicidad. Y es causa directa de que –así como la depresión– el autismo sea un modo de ser más frecuente que nunca. Cada vez más personas tienen conversaciones con seres que no son humanos, así lo sepan o no, en términos que hasta hace unos poquísimos años estaban reservados a la humanidad. Unas pocas horas en internet alcanzan para ver que la oferta sexual, de aprendizaje o incluso del *croupier* que puede verse publicitado son complejos modelos lingüísticos que hacen las veces de persona. Si los movimientos políticos emancipatorios (Bifo cita el de la Italia de

1977) son extensiones del hallazgo colectivo de que no se puede ser feliz en soledad, el reverso de esta relación suficiente nos muestra también su necesidad: diluido el lazo social, el cuerpo individual es asaltado por pasiones tristes y la vida toda así empequeñecida.

Con todos estos condimentos presentes podemos dar cuenta de la línea argumentativa que rige sobre la obra como totalidad: dado que la paz (cuando existe, en algún pequeño paréntesis) prepara la guerra en todo tiempo y lugar donde una sociedad ocurra, y aceptando el axioma que Bifo encuentra “*como cierto, en medio de tanta incertidumbre: en la guerra la única conducta éticamente compartible es la deserción*” (Berardi, 2024, p.19) el gran imperativo, ese enigma plural del título, es la conclusión a la que se llega cuando atendemos a qué tipo de conflictos nos conducen las formas actuales de producción y socialización. Dadas las cosas, en su estado actual, no podemos aceptar ni la guerra ni la paz que ellas disponen para nosotros. A su vez tal cómo se presenta aquello que hace a nuestro mundo, resulta que esto no permite según Bifo ninguna acción política eficaz, ninguna toma de posición que merezca afirmarse, habiendo eliminado del horizonte la necesidad del progreso dado el desarrollo de la historia. Este convencimiento viene de haber entendido que esa historia era progresiva de suyo, por haberla empezado a pensar desde la evolución de la técnica y su sociabilización, tradición y paradigma modernos asumidos por Bifo, la cual admite que por el desarrollo de la misma el capital y las formas de producción bajo su égida han de caer por su propio peso. Renunciado este sueño, tampoco Bifo retoma la posibilidad de persuadirse en favor de un progreso *a pesar* de ella, de cuya fatalidad tampoco podamos todavía cerciorarnos, independientemente de que resulte difícil no compartir la antipatía hacia el actual estado de cosas. Y es difícil no dejarse persuadir por la imagen que de ellos nos traza Bifo; una angustiante cantidad de los cambios que el desarrollo exponencialmente voraz de las relaciones sociales e interpersonales imponen a medida que se aplican al cuerpo social nuevas formas de comunicación que parecen debilitar de forma permanente nuestra capacidad de ser con otros, atrofiando el propio desarrollo individual, rasgo probablemente acentuado en esos *post-alfabéticos*, la generación nativa digital cuya ontogénesis y subjetivación en el marco del semiocapitalismo les inculcará el ritmo frenético de la hiperproductividad y una hostilidad creciente hacia el otro.

Es difícil también coordinar una acción política eficaz si se es pacifista y se admite a su vez que la guerra estará siempre ahí donde estemos, aún cuando la escondamos en la paz, y más difícil aún resultaría que esto no nos invite a sufrir las patologías que hoy acucian a tantos de entre nosotros, o a admitir que no existe manera mejor de combatir contra lo fatídico de las cosas como hoy son que abandonando la batalla; es que en el fondo, Bifo no ha hecho más que retratar lo que se siente haber perdido la esperanza en todo, menos a la de volverla a encontrar: la deserción, como proyecto, implicaría de mínima que existe algo por lo que valdría la pena seguir viviendo. Un proyecto pobre, sin dudas, que suena más bien a poco, pero al que hay que aferrarnos si aceptamos la imagen desgarradora del mundo que Bifo nos ofrece. Si occidente se nos ha vuelto intolerable, que haya al menos una salida a las formas de vida que nos ofrece, así sea sustrayéndonos de él.

A mi juicio es esta imagen de las formas en que nos relacionamos entre y con nosotros a partir de los cambios acelerados en la técnica y el flujo de información violento a la que estos nos han sometido la gran razón por la que debería uno leer *Desertemos*, porque es en sí misma de una sagacidad implacable. Pero tenemos a su vez esa arista propositiva, un llamado a la deserción que responde al caótico entorno que nos hemos fabricado como especie, que tiene la virtud siempre bien recibida de forzar a pensar. El propio autor da cuenta de saber bien la antipatía que generará la propuesta, a cuantos de sus lectores dejará inconformes cuando lo que les proponga no implique una transformación de lo dado hacia lo deseado sino que nos lleve a abandonar lo primero; y es esa antipatía donde creo que uno se topa descolocado con la pregunta a la cual desde ahora tendremos (querremos) dar una respuesta: ¿Y por qué no, después de todo, desertar?

Bibliografía

Berardi, F. "Bifo", (2024). *Desertemos*. 1 ed. Vol. 1. Editorial Prometeo.

Borges, J. L., (2011). *El aleph*. Debolsillo.



Diccionarios del español de la Argentina desde una perspectiva glotopolítica

Reseña crítica de Lauría, D. (2022) *Lengua y política: historia crítica de los diccionarios del español de la Argentina*. Editorial Eudeba.

Lucía Francisca Godoy
lgodoy@unsam.edu.ar

En *Lengua y política: historia crítica de los diccionarios del español en la Argentina* Daniela Lauría analiza minuciosamente una serie de diccionarios monolingües en relación con el contexto sociopolítico en que se publicaron y las ideas sobre el lenguaje que allí se expresan. Partiendo de la noción de que los procesos de estandarización y sus componentes (selección y codificación de una variedad, elaboración y difusión de materiales) obedecen a finalidades políticas, sociales y económicas, la autora examina diccionarios del español y reflexiona sobre cómo han contribuido con la producción de una lengua legítima (Bourdieu, 2008) y con la conformación de una identidad lingüística argentina (Di Tullio, 2010). Así, la autora postula que el diccionario monolingüe es un acto glotopolítico, ya que en su producción revela una reflexión sobre la lengua y el lenguaje en la que se entretajan continuidades y tensiones con procesos de los ámbitos político, económico, social, cultural, demográfico, científico y tecnológico de la contingencia histórica en la que surge. En efecto, la elaboración de estos diccionarios conlleva la selección de variedades y formas específicas a partir del posicionamiento en torno de la unidad o la fragmentación de la lengua, la necesidad de prescribirla o describirla, la aceptación del cambio lingüístico o una tendencia al purismo, entre otros aspectos.

El libro forma parte de la colección *Historia de las políticas e ideas sobre el lenguaje en América Latina* dirigida por Elvira Arnoux, una serie que reúne obras que analizan las prácticas lingüísticas, discursivas y sus regulaciones a lo largo de la historia del continente. En esta serie, el caso de la Argentina es especialmente interesante, puesto que a lo largo de su historia se han suscitado diversas polémicas lingüísticas relacionadas con las sucesivas corrientes migratorias, la postulación de una lengua nacional, el deseo de soberanía idiomática, las tensiones con España y la Real Academia Española (RAE), entre otras. En este contexto, el análisis de los diccionarios monolingües argentinos es significativo, dado que permite observar cómo en ellos los autores y las instituciones se posicionan respecto de esas polémicas, qué distancia toman de los diccionarios académicos y cuáles son las concepciones nacionalistas, americanistas y (pan)hispanistas que los sostienen.

El libro se estructura en dos partes: la primera se centra en la historia del proceso de diccionarización monolingüe de la lengua española en España y la Argentina, y la segunda aborda los principales diccionarios del español de la Argentina de los siglos XX y XXI. El orden, si bien es cronológico en cada sección, no obedece estrictamente una cronología, sino que sigue un criterio glotopolítico que sitúa los diccionarios en los contextos históricos en los que surgieron. Así, la primera parte explora las raíces

latinas e hispánicas de los diccionarios monolingües, las primeras obras etimológicas, la actividad de la Real Academia Española, los diccionarios españoles no académicos y los diccionarios de Argentina hasta principios del siglo XX. La segunda parte, en cambio, ya se detiene a identificar cómo los diccionarios plasman el “argentinismo” lingüístico, y cómo éste adquiere características específicas a comienzos del siglo XX y del siglo XXI. A lo largo de los capítulos la autora analiza los diccionarios monolingües poniendo en relación tres ejes: las diversas formas diccionarísticas que asumió y asume la producción lexicográfica nacional, las condiciones sociohistóricas de producción de las obras y las orientaciones glotopolíticas que comportan dichas intervenciones sobre el lenguaje.

El libro comienza con una sección introductoria en la que se presenta el marco conceptual que sostiene la investigación: los diccionarios como instrumentos lingüísticos, la perspectiva discursiva y el enfoque glotopolítico. La autora entiende que los diccionarios no son un mero compendio de las palabras de una lengua, sino instrumentos lingüísticos que contribuyen con la regulación de la lengua en función de ideas e intereses específicos. En relación con la norma lingüística que establece y valida ciertos usos (y no otros), los diccionarios monolingües indican qué lexemas y formas gramaticales son legítimos y cuáles no. Así, se presentan como catálogos verdaderos de una lengua, y no como obras elaboradas por autores que seleccionan formas lingüísticas de acuerdo a contextos particulares, modas y gustos (Lara, 1997). A partir de esta definición, Lauría propone el abordaje de los diccionarios como discursos, lo que implica construir un archivo y diseñar procedimientos de análisis del discurso sobre prólogos, entradas y redes. El análisis se desarrolla desde un enfoque glotopolítico, entendido como el estudio de las intervenciones en el espacio público del lenguaje, lo que permite investigar los diccionarios asociándolos con posiciones sociales y espacios institucionales e indagando en los modos en que participan de tensiones y conflictos y las ideologías lingüísticas que vehiculizan (Arnoux, 2008; Arnoux y Del Valle, 2010). El enfoque glotopolítico y la perspectiva discursiva se entraman y articulan, lo que permite desarmar la idea de que los diccionarios son neutrales, para indagar en su dimensión ideológica vinculada con sus condiciones de producción. En su análisis, la autora desarrolla un trabajo interpretativo que conjuga lenguaje e historia y busca observar continuidades, desplazamientos y transformaciones en los textos. El dispositivo analítico articula tres planos: (a) la megaestructura, que agrupa los elementos paratextuales de los diccionarios (títulos, prólogos, etc.) para observar en ellos la dimensión programática, argumentativa y enunciativa; (b) la macroestructura, para ver la construcción de la obra, la selección y el tratamiento de los campos léxicos; y (c) la microestructura, para analizar entradas léxicas especialmente interesantes en cada contexto de producción, indagando en las definiciones, las categorizaciones lingüísticas, las marcaciones, la inclusión de fuentes, entre otros aspectos.

El primer capítulo se centra en los primeros diccionarios monolingües del español y estudia cómo estos dialogan con el contexto histórico y político en el cual fueron producidos, considerando los objetivos de cada obra y la construcción y validación del saber lexicográfico. En las primeras páginas la autora analiza el diccionario de Sebastián de Covarrubias (1611) y las primeras publicaciones académicas (1726-1739), y sostiene que estos diccionarios tuvieron el rol fundamental

de acompañar la expansión y la consolidación del Imperio Español en torno de la lengua nacional. Tras esto, Lauría advierte que los diccionarios académicos publicados desde fines del siglo XIX hasta la actualidad (cuya autoría no depende solamente de la RAE sino también de la Asociación de Academias de la Lengua Española) jugaron un papel importante en la vinculación (mayormente de tendencias dominantes) con las antiguas colonias americanas, relación que en la actualidad se encuadra en la política lingüística panhispánica (Del Valle y Gabriel-Stheeman, 2004). El capítulo también aborda la producción lexicográfica que se desarrolló por fuera de la órbita del estado desde el siglo XVIII: se trata de obras que incluyeron neologismos, extranjerismos, tecnicismos, voces populares y dialectales. En la península se publicaron, por ejemplo, los diccionarios de Salvá (1846-1847) y de Chao (1853-1859), que tuvieron un sesgo instrumental e informativo y un carácter didáctico y enciclopédico. Estas obras tomaban distancia de la postura académica y reprochaban al diccionario “oficial” por las voces omitidas. En América, por su parte, la lexicografía buscó recoger desde el siglo XIX el vocabulario peculiar del continente (americanismos), de ciertas regiones (Río de la Plata, Caribe, Antillas) o de un país determinado (uruguayismos, colombianismos, mexicanismos). Estos diccionarios acompañaron la construcción y consolidación de los Estados nacionales, ya que tendieron a acentuar el contraste con los diccionarios académicos enfocados en los usos hispánicos.

El segundo capítulo estudia los primeros diccionarios del español de la Argentina: textos protolexicográficos, diccionarios de argentinismos, diccionarios de americanismos e indigenismos y diccionarios de barbarismos que se publicaron durante el siglo XIX. Lauría llama protolexicográficos a aquellos textos publicados desde la Revolución de Mayo hasta la Constitución de 1853, en los que se discutía la herencia española y las particularidades del habla en un territorio independiente donde se registraban indigenismos, voces gauchas, criollas, etc. Las preocupaciones por lo específicamente argentino, ligadas a la construcción de la nacionalidad y el surgimiento de posiciones hispanistas dan lugar a la reflexión sobre la lengua nacional y a la construcción del objeto discursivo “argentinismos”. Esto se manifiesta en el proyecto de Diccionario de Argentinismos de la Academia Argentina de Ciencias y Letras (1875-1879), en cuya matriz discursiva la autora halla tensiones entre la valorización de las tradiciones argentinas, el hispanismo y un ideal modernizador y liberal. Otras obras abordan también los usos típicos del país y la región, como los diccionarios de americanismos e indigenismos publicados durante la década de 1880 (como el *Vocabulario rioplatense razonado* de Granada), que muestran una perspectiva regional por sobre los límites nacionales y reconocen las variedades y lenguas que conviven en el área lingüística, visibilizando ruralismos e indigenismos. Por su parte, los diccionarios de barbarismos, entre ellos el de Juan Seijas (1890), el de Juan Turdera (1896), el de Enrique Teófilo Sánchez (1901) y el de Ricardo Monner Sans (1903), abordan expresiones corrientes, pero desde una mirada prescriptiva que toma la norma culta de Madrid y, manifiestan un carácter prohispanista rechazando extranjerismos, neologismos y usos de los sectores subalternos. Una perspectiva diferente es la que se observa en la publicación *Idioma nacional de los argentinos* de Lucien Abeille (1900). El autor toma distancia del purismo, recoge neologismos y expresiones que forman parte de la lengua hablada en la Argentina y analiza las diferencias con el habla de España. A lo largo del capítulo, el análisis desarrollado por la autora permite ver cómo

en los diccionarios monolingües se expresan las tensiones lingüísticas en el siglo XIX en la Argentina: el deseo emancipador, una incipiente nacionalidad y una religación cultural con España.

La segunda parte del libro aborda cómo se presenta en los diccionarios la tensión entre lo nacional y lo global y el tercer capítulo se centra específicamente en los diccionarios de argentinismos. El afán por construir los rasgos de la nacionalidad argentina tiñó las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, al calor de la celebración del primer Centenario. En este marco, surge la preocupación por definir la identidad lingüística, lo que se materializa en la creación de la Academia Argentina de Letras y en la producción de instrumentos lingüísticos que fijaban el lazo lengua-nación. Entre ellos, la autora destaca los diccionarios de argentinismos, que eran complementarios y contrastivos respecto del diccionario de la RAE. Se trata, según sostiene Lauría, de textos de carácter descriptivo, atentos a los fenómenos de la variación, el cambio y el contacto lingüísticos y que dan cuenta de ruralismos, indigenismos, americanismos, barbarismos, neologismos, extranjerismos y particularismos. El capítulo aborda *Algunas palabras de uso corriente en la República Argentina* de Fortunato Peralta (1899), *Vocabulario de provincialismos argentinos y bolivianos* de Ciro Bayo (1906), *Diccionario argentino* de Tobías Garzón (1910), *Proyecto de Diccionario de argentinismos* de la Academia Argentina de la Lengua (1910), *Diccionario de argentinismos, neologismos y barbarismos: con un apéndice sobre voces extranjeras interesantes* de Lisandro Segovia (1911) y *Vocabulario argentino: neologismos, refranes, frases familiares usados en la Argentina* de Diego Díaz Salazar (1911). El análisis se enfoca en los ítems léxicos que se incluyen, la información de las entradas, la definición de “argentinismos”, los paratextos, las marcaciones, las fuentes y las relaciones intertextuales e interdiscursivas entre las obras. La autora establece una relación entre el hispanismo y las corrientes migratorias que llegaron al país desde fines del siglo XIX: en el contexto de la llegada masiva de inmigrantes, el purismo y la tradición hispánica fueron retomadas como parte de la construcción de una identidad nacional. De cualquier manera, la autora sostiene que, si bien en estos diccionarios se mantuvo el ideal de la unidad lingüística hispanoamericana, se reconoce la variedad argentina como un fenómeno para ser descripto y no solo proscripto. A partir del análisis, la autora halla una tensión entre un nacionalismo democrático que intenta lograr una síntesis que conjugue lo hispánico, lo argentino y lo extranjero, y un nacionalismo excluyente de corte casticista y purista que sanciona lo proveniente del extranjero. Ambos nacionalismos tienen, de cualquier manera, algunos presupuestos comunes, específicamente la consideración de que la lengua es un símbolo fundamental de la nación y la defensa de una ideología lingüística monolingüe, monoglósica y monocéntrica.

El capítulo IV analiza de forma contrastiva la producción de diccionarios complementarios e integrales del español en Argentina durante la primera década del siglo XXI, en un contexto caracterizado por los fenómenos de la globalización, la regionalización y el retraimiento de los estados nacionales, en el cual las lenguas y las variedades se convirtieron en *commodities* con un valor de mercado (Heller & Duchêne, 2012). En este contexto se encuentran dos procesos que, si bien parecen contradictorios, la autora señala que se complementan en una relación dialéctica:

por un lado, la búsqueda de la homogeneización lingüística para generar un mercado extenso para los productos culturales y, por otro lado, la puesta en foco de ciertos localismos y regionalismos que evidencian la heterogeneidad al interior de los órdenes nacionales y socavan su ideal uniforme. A lo largo del capítulo, la autora contrasta un diccionario complementario, el *Diccionario del habla de los argentinos* de la Academia Argentina de Letras (2003), y un diccionario integral, el *Diccionario integral del español de la Argentina* de Tinta Fresca (2008), considerando su macroestructura, los vocablos que se incluyen, su análisis semántico, las fuentes, la formulación de definiciones, el orden de las acepciones y las marcas y observaciones de uso. Según nota la autora, ambos diccionarios se diferencian en cuanto al peso que se le da a la tradición y a la innovación, a indigenismos, neologismos y extranjerismos, a las variedades provinciales y rurales y a las variedades urbanas. La contraposición fundamental la halla en el estatus que se le da a la variedad lingüística hablada en la Argentina; mientras que el diccionario complementario no discute la posición hegemónica de España, el diccionario integral busca transformar la distribución social del capital simbólico en el plano de la lengua, a pesar de que se centra fundamentalmente en la variedad culta rioplatense y considera el valor instrumental de la lengua, como medio de comunicación ligado a lo económico y al mercado.

La obra culmina con un apartado de conclusiones en donde se recapitulan los principales hallazgos de la investigación y se presentan algunas líneas de trabajo para la lexicografía argentina. En principio, la autora aclara que el libro no agota el análisis del total de los instrumentos lingüísticos monolingües, sino que selecciona algunos materiales por su importancia específica o por no haber sido estudiados anteriormente. Lauría postula, a raíz del análisis desarrollado en la obra, que la producción lexicográfica de la Argentina se puede entender en términos del desarrollo del capitalismo: la construcción nacional, la integración del país en el sistema económico mundial y la organización en función de los mercados transnacionales. Sobre el final del libro, la autora plantea una polémica pregunta acerca del rol de los diccionarios en un presente caracterizado por la integración de las tecnologías digitales a casi todos los ámbitos de la vida cotidiana, educativa y científica: ¿los diccionarios, textos de la Modernidad, mantienen su vigencia o han perdido lugar frente a repertorios online u otras herramientas digitales? En la actualidad, los repertorios lexicográficos son íntegramente digitales y su actualización es permanente. A la vez, Internet habilita espacios interactivos en los cuales los usuarios pueden participar colaborativamente (Lauría y Bonnin, 2018), lo que podría contribuir con la emergencia de una norma lingüística descentralizada, dinámica, flexible a la variación y al reconocimiento de usos dependientes del entorno. Estos espacios en línea se adaptarían mejor a las necesidades comunicativas y/o expresivas tanto de los hablantes del español (como lengua materna, segunda o extranjera) como de usuarios de la lengua (traductores, correctores, escritores) en situaciones concretas y precisas y, como suelen tener acceso abierto en línea, darían lugar a formas de consulta y colaboración más democráticas. Estos instrumentos lingüísticos digitales, que desmantelan la pretendida homogeneidad y unificación lingüística en el amplio territorio hispanohablante, podrían ser una alternativa al panhispanismo hegemónico. A su vez, la autora postula que es necesario en la Argentina la producción soberana de instrumentos lingüísticos que tengan en cuenta el carácter pluricéntrico, multipolar y areal de la lengua y que se ajusten a

las prácticas lingüísticas concretas de los hablantes, incluyendo las de las zonas de contacto y regiones de frontera. Un proyecto lingüístico así es necesario en términos identitarios y educativos.

En síntesis, *Lengua y política: historia crítica de los diccionarios del español en la Argentina* se trata de una obra que enriquece con sus aportes al campo de la lexicografía argentina y latinoamericana, a los estudios sobre el discurso y al enfoque glotopolítico. En primer lugar, la obra logra desmontar el sentido común que entiende a los diccionarios como un catálogo de entradas léxicas que, con mayor o menor precisión, compilan las palabras de una lengua. Por el contrario, señala a los diccionarios monolingües como objetos discursivos y culturales construidos en condiciones socio históricamente situadas y que inevitablemente expresan las relaciones de poder y las luchas ideológicas de cada época. En segundo lugar, la obra propone un interesante dispositivo analítico e interpretativo sobre materiales lexicográficos de diversa índole, lo que contribuye, a nivel teórico y metodológico, con las futuras investigaciones que se interesen por el estudio los diccionarios. En tercer lugar, el libro constituye un importante aporte a los estudios glotopolíticos, puesto que muestra, gracias al análisis de las producciones lexicográficas, las tensiones entre lengua, sociedad y política desde el proceso de constitución del estado nacional hasta una actualidad caracterizada por discusiones sobre la globalización, las tecnologías digitales y las posiciones dominantes en la producción de instrumentos lingüísticos.

Bibliografía

- Arnoux, E. (2008). *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862). Estudio glotopolítico*. Santiago Arcos.
- Arnoux, E. y Del Valle, J. (2010). "Las representaciones ideológicas del lenguaje. Discurso glotopolítico y panhispanismo". *Spanish in Context* 7 (1), pp.1-24.
- Bourdieu, P. (2008). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Akal.
- Del Valle, J. y Gabriel-Stheeman, L. (2004). "Nacionalismo, hispanismo y cultura monoglósica". En Del Valle, José y Luis Gabriel-Stheeman (eds.). *La batalla del idioma: la intelectualidad hispánica ante la lengua*. Vervuert/Iberoamericana, pp. 15-33.
- Di Tullio, A. (2010). "La construcción de la identidad lingüística argentina". *La Biblioteca. Bitácora de un país* 9-10 "Edición del Bicentenario", pp.188-208.
- Heller, M. y Duchêne, A. (2012). "Pride and Profit. Changing Discourses of Language, Capital and National-State". En Duchêne, Alexandre & Monica Heller (eds.). *Language in Late Capitalism*. Routledge, pp. 1-21.
- Lara, F. (1997). *Teoría del diccionario monolingüe*. El Colegio de México.
- Lauria, D. y Bonnin, J.E. (2018). "Los foros de discusión en diccionarios en línea del español y sus efectos de normatividad". En Roca, María del Pilar, Socorro Cláudia Tavares de Sousa y Andrea Silva Ponte (orgs.). *Temas de Política Lingüística no Processo de Integração Regional*. Pontes, pp.199-223.

Desentrañando la política en la Argentina: Liberalismo y democracia en perspectiva histórica

Reseña. Leandro Losada (2024) *Liberalismo y democracia en la Argentina. Claves históricas de una relación sinuosa*, 1a ed. Unsam Edita.

Liberalismo y democracia en la Argentina. Claves históricas de una relación sinuosa es el título del nuevo libro de Leandro Losada, publicado por la editorial UNSAM Edita como parte de la colección “Conocimiento y discusión pública”, dirigida por él. La pregunta central del libro es por qué Argentina desarrolló un tipo específico de liberalismo y una concepción particular de democracia. Para abordar este interrogante, el autor adopta una perspectiva histórica centrada en el contexto del siglo XIX, el período en el que se inician las políticas estatales liberales.

La originalidad de su enfoque radica en que su hipótesis se centra en rastrear al liberalismo a través de las distintas trayectorias políticas nacionales más allá de su adjetivación como “liberalismo político” o “liberalismo económico”. Esta perspectiva, desde una comprensión contextualizada y matizada, profundiza en cómo y por qué surgieron y se interconectaron estas ideas políticas.

La estructura de la obra es precisa, se compone de una “Presentación” seguida de cinco secciones, cada una subdividida en varios capítulos. En la primera parte, Losada define su objeto de estudio para luego presentar sus principales argumentos sobre la problemática abordada. Establece puntos clave para abordar la problemática de los desencuentros entre democracia y liberalismo, entendiendo a este último como un proyecto político complejo y multifacético. En la segunda sección, Losada examina las críticas fundamentales al liberalismo argentino a partir de una exhaustiva recopilación de debates historiográficos relevantes. Elige adentrarse puntualmente en temas como el autoritarismo, el personalismo, el conservadurismo y la naturaleza democrática, y su conexión con el liberalismo. Además, establece conexiones entre estos tópicos y las crisis democráticas que ha sufrido el país. La tercera sección profundiza en los argumentos iniciales detallando las características esenciales del liberalismo histórico, especialmente decide enfocarse en el período comprendido entre 1853 y 1912. Por su parte, el cuarto apartado plantea el interrogante sobre la posibilidad de recuperar el liberalismo en la actualidad. Sin ofrecer una visión optimista, sugiere la viabilidad de (re)apropiarse de esta corriente como una cultura política para el siglo XXI. Losada define al liberalismo como una tradición en disputa, lo cual implica que sus valores y principios no son aceptados de manera uniforme y que, por el contrario, están sujetos a constantes reinterpretaciones. Esta perspectiva crítica del autor subraya que, en la actualidad, la cultura política del liberalismo no proporciona herencias positivas desde el presente. Por último, el “Epílogo” retoma la premisa del conflicto inherente a la democracia argentina, reafirmando la relevancia continua del liberalismo como una tradición política en vigor y rechazando su asociación automática con la democracia. Un ejemplo de

Abril Agustina Frega
abrilfrega07@gmail.com

esta dinámica es el caso de la fuerza política “La Libertad Avanza”, que conquistó el poder en 2023. Este movimiento, que capitaliza un clima de época marcado por la insatisfacción y la polarización, pone nuevamente en riesgo la democracia y, a su vez, el liberalismo. Este caso en particular refleja cómo la falta de una cultura política liberal que proporcione herencias positivas y guías claras para el presente permite que nuevas fuerzas políticas reconfiguren los conceptos tradicionales de liberalismo y democracia en la Argentina.

El trabajo de Losada destaca al recuperar los aportes historiográficos sobre el período comprendido entre 1853 y 1912, cuando el liberalismo en Argentina alcanzó su mayor importancia política y obtuvo un amplio consenso ideológico. Este tema ya ha sido tratado por el autor en el tercer capítulo de su libro *Historia de las élites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo* (2009), capítulo en el que examina a las élites del período de 1852 a 1910 como actores sociales. El autor define esta época como la consolidación de la élite nacional en la política, indicando el período en el que el modo de hacer política se desarrolló en paralelo con la consolidación del marco institucional del Estado nacional. Característica en la que profundiza a lo largo de su nueva obra.

Dadas las sucesivas interrupciones de la democracia durante el siglo XX y la apelación, en varias de ellas, a diversos liberalismos, la estrecha relación entre democracia y liberalismo se convirtió en un tema recurrente en la teoría política y en las diversas investigaciones históricas nacionales. Losada opta por enfocarse en una perspectiva desafiante: propone que el liberalismo es tanto necesario como problemático para la democracia en Argentina. Su tesis sostiene que el liberalismo es necesario porque la democracia requiere de una convivencia política basada en el pluralismo, valor fundamental que el autor considera inherente al liberalismo. Sin embargo, el liberalismo ha sido problemático debido a su falta de compromiso con este pluralismo. Losada destaca que Argentina carece de una sólida tradición liberal con un pasado reconocible que pueda fortalecer su democracia en la actualidad. Además, señala que a pesar de la diversidad de posiciones políticas en el país, hubo un consenso limitado en ciertas prácticas políticas durante los períodos clave que analiza, lo que dificultó la canalización efectiva de las diferencias políticas. Esto, según Losada, se debe a una cultura política que no fomentaba un auténtico pluralismo político, exacerbando las divisiones y obstaculizando la consolidación de una democracia participativa en Argentina. Este enfoque no sólo ofrece una mirada crítica del pasado, sino que también invita a reflexionar profundamente sobre los desafíos contemporáneos de la democracia argentina.

El libro aborda un aspecto del liberalismo que comúnmente no se destaca al considerarlo un desafío para la democracia. Aunque, desde miradas nacionalistas, se ha hecho hincapié en su conservadurismo o autoritarismo, Losada introduce una mirada original: identifica una deficiencia fundamental del liberalismo argentino, la falta de reconocimiento del pluralismo como principio político esencial para la convivencia democrática. Esta carencia, según el autor, es una de las características más problemáticas y persistentes del liberalismo en Argentina, y afecta negativamente el desarrollo de la democracia plena.

En consonancia con lo anterior, se presenta una novedad al sugerir que el período entre 1853 y 1912, al que caracteriza por un consenso político y un predominio liberal en la naciente Argentina, representa una singularidad que no se observó ni en Europa ni en otros países de América Latina, donde los sectores liberales tuvieron que enfrentarse con las resistencias conservadoras. En contraste, el autor menciona que en la Argentina el liberalismo gozó de una *primacía indisputada*, evidenciada incluso en la Constitución nacional de 1853, que no encontró una oposición política significativa. Particularmente, desde su interpretación de las élites, esto se debe a que el liberalismo en la Argentina emerge en un contexto histórico muy específico, a mediados del siglo XIX, tras el ciclo político que inicia con la ruptura colonial con España y en el marco del período del rosismo. En ese momento, el liberalismo evaluaba que la revolución había tenido un impacto positivo. Una razón fundamental era la independencia política. Aunque la revolución no comenzó con objetivos independentistas, terminó logrando la independencia del Río de la Plata. Sin embargo, esta revolución también desencadenó fenómenos políticos mucho más difíciles de gestionar: guerra civil, anarquía y tiranía. Según el diagnóstico liberal que Losada retoma, estos problemas generados por la revolución podían encontrar una solución a través de un enfoque liberal. Este enfoque implicaba alcanzar la unidad política, asegurar las libertades individuales y establecer un Estado constitucional.

Desde nuestra perspectiva, es importante señalar cómo el autor analiza las “sinuosas” relaciones entre democracia y liberalismo, destacando las interacciones que moldean el entorno social y político. De modo que, Losada argumenta que la democracia era tanto un elemento incómodo como inevitable. Alberdi y Sarmiento reconocían la naturaleza intrínsecamente democrática de la sociedad rioplatense postcolonial tras la revolución, lo que la hacía ineludible en cualquier propuesta política viable. Esta situación implicaba que la revolución había dado lugar a una sociedad igualitaria. Aunque esto no significaba que todos vivieran en las mismas condiciones, existía un imaginario político y social que asumía la libertad e igualdad de las personas, independientemente de su origen. En ese contexto, el autor sostiene que el verdadero desafío, desde la perspectiva de las élites, era cómo orientar políticamente esa democracia para evitar lo que las élites liberales de la época veían como peligroso para su estabilidad, como el respaldo popular a figuras autocráticas, ejemplificado, desde la perspectiva de los actores del período, por Juan Manuel de Rosas.

Ahora bien, esto nos proporciona el punto de partida para señalar que, si bien el autor define al período de 1853 a 1912 como una época de consenso político, revisa el liberalismo del régimen oligárquico sin encontrar un hilo a seguir, puesto que este liberalismo tampoco habilitó la noción de igualdad y pluralismo. Esta perspectiva de análisis es una decisión deliberada del autor que, a su vez, refleja su enfoque particular sobre el tema interesante. Losada sí destaca que la oposición y el descrédito hacia la tradición liberal estuvieron latentes en el siglo XX. Esta digresión es particularmente significativa, ya que expone que se manifestó desde diversas perspectivas ideológicas. Tanto la derecha como la izquierda desarrollaron un antiliberalismo que, en ocasiones, coincidía en su crítica al liberalismo por considerarlo conservador y oligárquico.

Esta convergencia en la objeción, según Losada, revela las profundas tensiones y el rechazo que la tradición liberal enfrentó a lo largo del siglo XX. Durante su análisis, el autor resalta que entre 1930 y 1983 hubo una crítica al proyecto político del siglo XIX, enfatizando que responsabilizó a este período de los problemas emergentes en Argentina, tanto económico como político. Estas expresiones, señala Losada, contribuyeron a profundizar la división entre democracia y liberalismo, y subrayaron la persistente desconfianza y las críticas que declinaron la viabilidad del liberalismo entendido como una base estable para el desarrollo democrático en el país.

Las problemáticas para establecer estructuras de orden y jerarquías, junto con las críticas dirigidas al liberalismo en contraposición a la democracia liberal, conforman una compleja tela de araña. Losada explora exhaustivamente la noción de “democracia liberal”, abordada desde diversas definiciones teóricas. Esta noción, a su vez, representa un sistema político cuyas características pueden variar según la concepción de la democracia subyacente. Desde la óptica del autor, la democracia liberal se presenta como una forma política dinámica, adaptable y estrechamente vinculada al pluralismo. Este es entendido como el reconocimiento de que en nuestra sociedad coexisten diversos intereses y posturas en constante conflicto. Es decir, vivimos en un espacio donde la unanimidad es sumamente difícil de alcanzar porque las diferencias son inherentes a la actividad política. Sin embargo, Losada establece una distinción crucial en su análisis entre pluralismo y tolerancia. La tolerancia implica reconocer la existencia de algo con lo que no estamos de acuerdo, incluso sin otorgarle plena legitimidad, mientras que el pluralismo implica aceptar la existencia de otras opiniones y formas de vida como una realidad inherente. Es un gesto de coexistencia que le atribuye legitimidad a la diversidad a fin de establecer un arreglo de convivencia.

A lo largo de su obra, Losada toma como hilo conductor la premisa acerca de que sin el pluralismo, el funcionamiento de la democracia liberal se ve gravemente afectado. Siendo este, según el autor, el principal *déficit* del liberalismo en Argentina, donde la falta de aceptación de la diversidad de opiniones y formas de vida ha mermado el desarrollo pleno de una democracia inclusiva. Sobre todo, la fragmentación histórica está estrechamente vinculada con la polarización que ha permeado la sociedad, lo que ha dado lugar a la noción de *grieta* que define al país desde las últimas dos décadas. Losada logra ofrecer una perspectiva novedosa en la que: liberalismo, populismo y republicanismismo se asemejarían al momento de ser analizados desde la óptica de la falta de pluralismo. Es decir, sin negar sus diferencias ideológicas, el autor destaca una estructura común en estas tradiciones políticas: la dificultad para integrar el pluralismo. Así, pone en relieve que la responsabilidad histórica del liberalismo argentino es significativa, dado que, como mencionamos anteriormente, fue la cultura política predominante durante la formación de la Nación. La falta de pluralismo, según Losada, es una deficiencia problemática que sigue impactando negativamente en la democracia argentina, una continuidad que el autor establece desde su análisis del siglo XIX hasta la actualidad, sin postular un esencialismo.

La obra ofrece una interesante síntesis al examinar la transversalidad del liberalismo en la evolución de la política argentina. Analiza el modo en que el liberalismo y el pluralismo han interactuado de manera compleja desde los inicios de la Nación hasta la actualidad, destacando las tensiones y las interconexiones que han marcado su trayectoria conjunta a lo largo del tiempo. Resaltando el déficit en el pluralismo político, Losada concluye que el proceso político actual no es una experiencia novedosa, sino otra manifestación de la prolongada historia de dificultades que ha enfrentado la Argentina en su intento de integrar el pluralismo como una práctica política efectiva. Tomando esto como referencia, el contexto de su publicación en la colección “Conocimiento y discusión pública” resalta aún más, ya que nos incita a examinar una problemática vigente en nuestra vida política diaria, y ofrece una interpretación crítica tanto del pasado como del presente a partir de su obra.



El año cero de la revolución. Cuba y antirracismo durante 1959

La revolución cubana fue un hito en la historia mundial del siglo XX. Su impacto en el “Tercer Mundo” y en los países centrales se constató, entre otros efectos, a partir del surgimiento de una “nueva izquierda” global, interesada en reconsiderar los caminos de la liberación, la lucha contra el imperialismo y un futuro alternativo al diseñado por las “viejas” izquierdas. Resulta curioso comprobar que mientras fuera de Cuba esa izquierda adhería a los discursos de Fidel Castro o Ernesto “Che” Guevara en tornos a estos problemas, menos interés demostraba por otros debates que se sucedían en la isla, como es el tema del racismo, siendo además uno de los países de mayor presencia afrodescendiente de América Latina y una de las poblaciones con más altos índices de desigualdad económica y social.

Durante los primeros años de la revolución, la “cuestión racial” se convirtió en uno de los tópicos que más controversia y riqueza de ideas generó en la mayor isla del Caribe. Es muy probable que esta poca atención que la izquierda global otorgaba al racismo, deba bastante al discurso y a las acciones desplegadas por la propia revolución, reflejada en la “Segunda Declaración de La Habana” de 1962, en donde se afirmaba haber eliminado todo vestigio de discriminación. Sin embargo, tal afirmación no logró ocultar la supervivencia del problema racial entre las principales preocupaciones que expresaban varios actores culturales, políticos y sociales del país.

En un reciente trabajo, la joven historiadora cubana Milagros de la Caridad Álvarez Leliebre reconstruye con detalle las opiniones y posturas en torno al racismo registrado en medios impresos cubanos a inicios de la revolución. Si bien los estudios históricos en torno a este tema han avanzado en los últimos años, el libro de Álvarez Leliebre es una valiosa contribución desde una doble perspectiva: por un lado, al examinar con detalle el año 1959, evidencia el abanico de posturas que circulaban en la esfera pública revolucionaria, y por el otro, al reconstruir con detenimiento las posiciones que abordó la comunidad afrocubana, habilita a observar con justeza las divisiones que existieron en su interior.

La presencia del tema racial en la esfera pública al momento del triunfo revolucionario, se certifica en varios de los impresos de mayor circulación por entonces: *El Diario de la Marina*, *El País*, *El Mundo*, *Bohemia* y otros, como el comunista *Noticias de Hoy*. A través de estos diarios y revistas, muchos de ellos de orientaciones ideológicas disímiles, un variopinto grupo de agentes abordaban la cuestión racial. Intelectuales, periodistas y líderes sociales afines al espacio afrocubano, pero también ajenos a él, al tiempo que celebraran el cambio en marcha, no dejaban de señalar la importancia que para el elenco revolucionario debía tener las demandas efectuadas por parte de las sociedades étnicas. Para la autora, la prensa no solo fue un medio que amplificó las voces de quienes defendían esta agenda. Evidencia, sobre todo, las

Reseña: Milagros de la Caridad Álvarez Leliebre, *Entre la integración y el negrismo. La problemática racial en la prensa cubana (1959)*, La Habana, Ediciones Abril, 2022, 182 pp.

Martín Ribadero
mribadero@unsam.edu.ar

distintas posiciones que existían al interior de la vida afrocubana, cuyo origen se remonta a los tiempos de la república liberal.

Periodistas afrocubanos como Guillermo Portuondo Calá y Sixto Gastón Agüero, abogados como Juan René Betancourt y universitarios como Elías Entralgo y Fernando Ortiz enunciaron durante el año 1959 ciertas consideraciones sobre las políticas que el gobierno revolucionario debía emplear para abordar el racismo imperante. Muchos de ellos acordaban la necesidad de impulsar medidas inmediatas ante una avalancha de acciones discriminatorias que emergían en ese clima convulso, como las que se registraron contra los trabajadores de color desplazados de sus puestos laborales, el cierre de colegios comunitarios o las intervenciones realizadas sobre instituciones afro, como la Federación de Sociedades Negras, por sus vínculos durante la dictadura de Batista (p. 44).

El libro de Álvarez Leliebre recorre los principales discursos de estos actores que tendieron a problematizar la forma en cómo se concretaría una agenda antidiscriminatoria. Si bien investigadores como Alejandro de la Fuente o Devyn Spence Benson han indagado en esos debates, el trabajo de la historiadora cubana constata con aún más detenimiento las heterogéneas visiones asumidas por intelectuales y líderes afrocubanos sobre este punto y traza sus rasgos más significativos. Para la joven académica isleña, una de las principales características de la comunidad afrocubana era la ausencia de un único criterio a la hora de buscar soluciones, al punto que destaca la existencia de tres tendencias que resumen esas diversas posiciones.

La primera, la llamada vía “legalista”, proponía como política antidiscriminatoria la aplicación de los artículos y leyes complementarias que penalizaban el racismo y que habían sido parte de la Constitución de 1940, un caso emblemático de la tradición del “constitucionalismo social” latinoamericano analizado por el investigador argentino Roberto Gargarella. Con estas acciones, los legalistas esperaban despejar el camino para que la población afrocubana pudiese acceder a mejores empleos y condiciones de trabajo tanto privados como públicos en pie de igualdad con los blancos. Portuondo Calá y otros miembros de la comunidad como Pastor de Albear Friol, reclamaban al gobierno la reposición y el cumplimiento de este marco reglamentario, ya que todo cambio en materia económica o social que se promoviera quedaría sin efecto al no existir una cobertura legal que garantizara tales conquistas. Ciertamente, para los legalistas el pedido de leyes y su aplicación por parte del estado chocaba no solo con la negativa del gobierno para convocar una Asamblea Constituyente (alegando motivos de volatilidad política y la amenaza de invasión extranjera), sino también con una concepción sobre el racismo que se asociaba su causa motivos estrictamente económicos. En otras palabras: las diferencias raciales, para buena parte de la nueva dirigencia, tenían ante todo un origen económico ligado a las desigualdades de clases. Entre las organizaciones que demandaban estos cambios legales se encontraba el Movimiento de Orientación e Integración Nacional de signo liberal representado por Portuondo Calá pero también el Partido Socialista Popular (futuro Partido Comunista de Cuba). Figuras comunistas afrocubanas como el poeta Nicolás Guillén y los sindicalistas Blas Roca y Lázaro Peña, entre otros, compartían la idea que la ley

y el estado podría ser los encargados de finalizar con el racismo, al punto proponer la creación de un Instituto de Educación Antidiscriminatoria como eje articulador desde el cual se podría promocionar y plasmar tal política.

La segunda tendencia, denominada “integracionismo”, era una férrea opositora de la vía legalista. Para hombres como Conte Agüero, la solución a los problemas raciales pasaba por diagramar una educación integrada entre blancos y negros a partir de la creación de una “nueva escuela pública” de origen estatal, la apertura de centros de recreación para sectores populares y el establecimiento de una igualdad de oportunidades. En su opinión, el fin del racismo radicaba en la aplicación de una política específicamente negra, en donde la “conciencia” de su particularidad como comunidad fuera el eslabón que habilitase mejorar su condición en la sociedad. Una versión más radical de esta política, incluso llegaba a hablar de “justicia social”, como es el caso del intelectual y periodista blanco, Carlos Franqui, para quién “la igualdad de oportunidades borraría las diferencias injustas creadas por una organización injusta, esclavista” (p. 84) A diferencia del “legalismo”, esta tendencia partía de considerar al racismo desde una clave económica antes que legal o centrada únicamente en el estado. En todo caso, este último debía allanar el camino en pos de una “equiparación económica” que marcaría el inicio de una efectiva realización de proporciones equiparables. La versión más radical del “integracionismo” retomaba el asunto de la educación y la conciencia individual y colectiva, pero iba más allá al ponderar una reestructuración casi total de la economía cubana para eliminar las bases del racismo a través de promulgar una “Reforma Agraria, eliminar el desempleo crónico y mejorar las condiciones de las clases populares urbanas” (p. 89).

Una deriva de esta posición de integración económica se cristalizó en el “negrismo militante”, la tercera entre las líneas antirraciales cubanas de la época. Figuras como Juan René Betancourt defendían la concepción de la identidad racial como eje de una política general. Los afrocubanos, desde la perspectiva de Betancourt, tenían derechos particulares que defender, alejados de cualquier intención de diluir esa especificidad en asuntos generales como los de la nación, o solo atendiendo un nivel de lucha legal. La organización colectiva de la comunidad debía estar asociada a una defensa de los derechos de los afrocubanos como grupo especial, ya que, en muchas oportunidades de la historia, fueron los mismos “connacionales” los que ejercieron la explotación sobre el pueblo negro, e incluso gobiernos anteriores habían sido responsables directos de la perpetuación del racismo al no implementar la Constitución de 1940.

Como demuestra el trabajo de Álvarez Leliebre, el triunfo de la revolución en 1959 no originó la emergencia de estos discursos sobre la problemática racial en Cuba. Estos tenían varias décadas de existencia gracias a la actividad de intelectuales, militantes y líderes sociales interesados en terminar con el racismo imperante, como demuestra la existencia del Partido de Color fundado en 1912 e integrado exclusivamente por afrocubanos. En todo caso, 1959 fue el año que habilitó una nueva oportunidad a esas viejas demandas, pero ahora dirigidas a un nuevo gobierno.

Esta inquietud en torno a las raíces del antirracismo en Cuba que evidencia el trabajo de Álvarez Leliebre, no se origina solo una agenda anclada exclusivamente en los intereses legítimos que emanan de toda vida universitaria o de una cofradía especial de historiadoras. La atención que el libro reclama sobre este objeto de estudio, es la traducción académica de una realidad isleña que reconoce desde fin del siglo XX el crecimiento de la desigualdad económica y social como una característica novedosa en la sociedad isleña, pero que afecta sobre todo a la población afrocubana. Producto de la crisis económica que allí se afronta desde el denominado “Período Especial” de la década del noventa, en muchas ocasiones esas diferencias sociales se acoplan con razones raciales. Más visible en ramas económicas privadas (turismo, emprendimientos comerciales, finanzas) que en espacios instituciones estatales ligados a la educación o salud, el racismo imperante en la isla actualmente sin embargo evidencia dos aspectos: en primer lugar, que éste nunca desapareció del todo por lo menos en el ámbito privado, a pesar de las políticas igualitaristas implementadas por la revolución desde los años sesenta; y en segunda instancia, que desde hace por lo menos tres décadas ha sido parte constitutiva del panorama social que afronta la población afro cubana en cuanto a la existencia de una notable de los índices de calidad de vida respecto a los blancos. La historia del racismo en Cuba, tal como aporta el libro de Álvarez Leliebre, evidencia una realidad cotidiana contemporánea que ya no solo preocupa al actual gobierno, como demuestra el lanzamiento del “Programa nacional contra el racismo y la discriminación racial” de 2019, sino también a buena parte de la comunidad afrocubana, de la cultura y de la vida académica en la mayor isla de las Antillas. El racismo en Cuba hoy no es solo parte del pasado sino también de su presente.



Comentario a Agustín Cosovschi y José Luis Aguilar López-Barajas, *Nueva Historia del comunismo en Europa del Este*

Reseña: Agustín Cosovschi y José Luis Aguilar López-Barajas (2024), *Nueva Historia del comunismo en Europa del Este*. Siglo XXI.

Juan M. Martiren
juanmartiren@gmail.com

La memoria de la experiencia comunista sigue siendo un terreno de disputa, donde pasado y presente se entrelazan para relanzar nuevas (viejas) agendas políticas. Hoy, el fantasma del comunismo emerge desde sus ruinas para consolidar las argumentaciones de la nueva derecha global, con un inquietante agregado: no sólo ponen en cuestión la construcción de una sociedad postcapitalista, sino los pilares mismos de la tradición ilustrada. Resultaría extremadamente insuficiente si esa historia, que supo proyectar las pasiones más nobles y trascendentales de transformación social, junto a prácticas terribles de un aparato represivo en el poder, quedara reducida a un simple ejercicio de discursividad política maniquea carente de todo factor explicativo que retoma las argumentaciones de homogeneización totalitaria producidas durante la Guerra Fría.

Por eso, una primera invitación para atravesar la lectura de este libro puede ser la de, sencillamente, comprender. Los historiadores Agustín Cosovschi (Doctor por la Universidad Nacional de San Martín y la EHESS) y José Luis Aguilar López-Barajas (Doctor por la Universidad Friedrich Schiller de Jena) abordan, de forma sintética pero no por eso menos rigurosa, un recorrido histórico atravesado por los principales debates historiográficos en torno al comunismo en Europa del Este. Como bien señalan los autores, un relato “a caballo entre la síntesis y el ensayo historiográfico” (pp. 12-13) que apuesta por construir una divulgación rigurosa, posible de incorporar en el ejercicio docente. Una especie de historia general mínima del comunismo en Europa del Este, con un sólido abordaje de categorías conceptuales relevantes.

Hace ya tiempo que, en América Latina, los estudios sobre el comunismo contemplan la complejidad de la agencia de los actores locales, discutiendo las argumentaciones que los caracterizaban únicamente como poleas de transmisión de la Unión Soviética (URSS) o sometidos a sus designios. La misma premisa puede aplicarse al objeto de este libro, con la diferencia de que, en este caso, hablamos de comunismos que lograron consolidarse en el poder. Aunque se reconoce que la región vislumbra procesos y problemas comunes, y por ende puede ser tomada como una unidad analítica de estudio, sus diferencias y sus variabilidades no pueden descartarse.

Para los autores, el devenir histórico del comunismo estuvo signado por dos componentes: la cuestión de la modernización y la preocupación cambiante que ésta implicó a lo largo de su historia, y la problemática de la cuestión nacional que se arrastraba desde el siglo XIX en la región. A través de seis capítulos, además de una

introducción y un epílogo, el libro hace un recorrido desde los orígenes del socialismo en Europa central y oriental hasta la disolución de las experiencias comunistas en el poder, construido con una buena cantidad de bibliografía poco asequible para el lector de habla española, lo que brinda un plus aún más significativo.

Los debates del siglo XIX y primeros años del XX, la Revolución Rusa y su impacto en Europa central y oriental, los años '20 y '30, el período de Stalin, el papel de la URSS y la región en la Segunda Guerra Mundial y los debates historiográficos respectivos, entre otros, aparecen adecuadamente descriptos a lo largo de los primeros capítulos. El capítulo uno trabaja sobre los orígenes del socialismo en Europa central y oriental, entre mediados del siglo XIX y principios del XX, mostrando la conjugación entre las dos problemáticas principales que estructuraban la política de la región: la igualdad social y la emancipación nacional. El capítulo dos se ocupa del trayecto que transcurre desde las guerras balcánicas hasta la creación de la URSS, argumentando que esos procesos, que incluyen a la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y su continuación en la Guerra Civil, son parte de un mismo ciclo de violencia que tendrá fuertes consecuencias para la historia del socialismo y, posteriormente, del comunismo. En ese momento el socialismo daba el salto de una utopía lejana a un proyecto político real. El capítulo tres aborda la experiencia comunista durante el período de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial. Una etapa marcada, como afirman los autores, por la represión, violencia y persecución ejercida tanto por el antagonista fascista como por la cúpula dirigenal soviética, que no implica emparentar a ambos regímenes bajo el signo del totalitarismo.

La segunda mitad del libro engloba a los capítulos cuatro, cinco y seis. Aquí vale la pena detenerse especialmente, ya que destaca el devenir de los comunismos de postguerra como regímenes consolidados en términos políticos, económicos y sociales alternativos al sistema capitalista. El capítulo cinco aborda el período inmediato a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, que va desde 1945 a 1953. Si bien los Estados comunistas fueron, en buena medida, el resultado de la Segunda Guerra Mundial y de la ambición del propio régimen soviético por expandir su influencia, es una historia que posee mayor complejidad. La acción de los diversos actores y los intereses contrapuestos no operaron solo en la contradicción Este-Oeste, sino también hacia el interior de los campos que configuran ambos bloques de poder. Una observación que se esboza en este punto es la de entender que la idea de bloque puede obturar o esconder las singularidades. Por eso se afirma que el socialismo que se estructurará en los territorios de Europa central y oriental, y su posterior trayectoria, distará de ser un campo homogéneo resultante de los dictámenes de Moscú, aun cuando la dinámica de la Guerra Fría promoverá una integración política y económica que dará paso a lo que se conocerá como Europa del Este. Por ejemplo, si se piensa en el caso de la formación de la República Democrática Alemana esta estuvo relacionada no sólo a las dinámicas de la Guerra Fría, sino a la insistencia de los propios comunistas alemanes en contradicción con los planes del propio Stalin. En el caso de Yugoslavia se llegará a una ruptura abierta con Moscú en 1948, donde se intentará poner en funcionamiento un socialismo con mecanismos de democracia obrera en las fábricas y en las comunas bajo un sistema de gestión económica de progresiva descentralización. Esto no niega la intervención de los

soviéticos en la construcción de estos regímenes, que fue más fuerte en aquellos países donde los comunistas locales carecían de apoyo popular, como los casos de Rumania, Hungría y Polonia. Pero la importancia de recuperar la agencia a una escala local en la construcción de los Estados comunistas permite entender, como se señala, que “la «sovietización» marcaba las líneas generales de la transformación, pero con considerables diferencias que resultaban de las decisiones de los actores locales en contextos singulares” (p. 147).

La muerte de Stalin abrió un nuevo campo de experimentación, que es abordado en el capítulo cinco abarcando el marco temporal que va de 1953 a 1968. Cambios en la economía, la ciencia y la tecnología (que lograron una sustancial mejora en las condiciones de vida en el socialismo), mostraron una “exploración creativa” que pretendió impulsar un socialismo dinámico, sustentable y hasta más democrático. Al mismo tiempo, los conflictos internacionales en el “Tercer Mundo” revelaron que los países de Europa del Este “emprendieron acciones en el exterior, muchas veces con altos niveles de autonomía, extendiendo apoyo militar, técnico, económico e ideológico a poblaciones oprimidas por las potencias capitalistas” (p. 159), dándole a la región una dimensión global. Con el postestalinismo, los criterios de acceso al Estado y el reclutamiento de cuadros viraron de la lealtad política e ideológica hacia perfiles más técnicos, en donde el mundo intelectual y profesional, como agrónomos, economistas, sociólogos, ingenieros, etc. comenzaron a nutrir las filas del partido y el aparato estatal con el objetivo de mejorar el funcionamiento del sistema. Fueron años de un nutrido intercambio en el mundo académico y cultural entre el Este y el Oeste, donde Aguilar y López-Barajas sostienen que toda la experimentación de las décadas del cincuenta y sesenta se vio en parte truncada por la propia estructura política de los partidos comunistas. Por eso señalan que las transformaciones económicas y tecnológicas (descentralización de las decisiones productivas, mejoramiento en la relación entre oferta y demanda, intentos de corrección para resolver las falencias de la gestión centralizada a través de elementos de competencia y mercado, etc.), y las tensiones generadas por estos cambios (que se resolvieron hacia una dirección que resultó ser más bien conservadora), podían poner en cuestión el papel rector del partido, como demostraron las reformas checoslovacas de 1968, de la mano de Alexander Dubček. No obstante, sería un error entender esa apuesta reformista como un anticipo del fin del socialismo en caso de que se hubiese consolidado. Si cabría preguntarse en qué medida estas reformas no pudieron haber sido un adelanto de lo que después se conocerá como Perestroika. Tal vez, la oportunidad por construir un “socialismo con rostro humano” llegó demasiado tarde hacia mediados de 1980, cuando la coyuntura internacional mostró un claro retroceso si se la compara con el contexto de ebullición revolucionaria que caracterizó al mundo en las dos décadas anteriores.

Lejos de esa imagen gris y rígida con la que se suele caricaturizar al bloque del este, los tanques de Praga no supusieron un abandono de las reformas económicas y científicas, o la vuelta a una ortodoxia previa al “deshielo”. A este período le siguió una nueva etapa denominada “normalización” que intentó aumentar la eficiencia del sistema a través de una gestión tecnocrática de mejora en el consumo y en los servicios sociales. Los Estados se comprometieron a aumentar el bienestar general de la población a cambio de no poner en discusión la primacía política rectora del Partido: un nuevo “contrato social” que encontró sus límites en la década del

ochenta, cuando los compromisos y las demandas políticas de la sociedad civil sean una realidad difícil de contener ante las transformaciones de la economía global. Este período, que abarca desde la invasión a Checoslovaquia hasta la caída de los regímenes socialistas, es abordado en el último capítulo. Los esfuerzos por reformar el socialismo continuaron y muestran que “la imagen de estancamiento y depresión que comúnmente se emplea para hablar de este período es un tanto injusta y esconde el hecho de que muchos regímenes de la región siguieron realizando esfuerzos ingentes por dar viabilidad al socialismo” (p. 197). Países como Polonia, la República Democrática Alemana y Bulgaria impulsaron medidas de apertura cultural y atención a las necesidades de la población, al mismo tiempo que también incrementaron los aparatos de vigilancia y control estatal. El libro sostiene que las historias sobre el socialismo que atribuyen un papel predominante a las policías secretas y servicios de seguridad sobre la vida de los individuos, muchas veces poseen rasgos de exageración y espectacularidad que no logran explicar cómo los años setenta y ochenta fueron momentos de gran movilización y conflicto en varios ámbitos como el laboral, el cultural, el intelectual y el cívico.

La progresiva entrada a nueva etapa de acumulación de capital a nivel global, hacia mediados de 1970, puso de mayor evidencia los problemas estructurales de las economías del Este. Una buena parte de los países socialistas recurrió a préstamos externos para relanzar una industria que ya no estaba a la altura competitiva de las nuevas tecnologías del mundo postindustrial que se avecinaba, lo que produjo una elevación considerable de la deuda externa y una fuerte dependencia con el sistema financiero internacional. La única excepción fue Rumania, que se propuso, con el objetivo de lograr autosuficiencia económica, rechazar la posibilidad de la obtención de préstamos externos y, además, devolver la deuda que se había tomado. Esto implicó un fuerte ajuste sobre la economía para alcanzar los objetivos trazados, llevando a una situación de gran dificultad en términos económicos y sociales. Como consecuencia, en líneas generales, se terminó produciendo una espiral deficitaria, desabastecimiento y surgimiento de grandes mercados ilegales. Como argumentan los autores, si bien fue la crisis económica la que, en última instancia, impulsó el desmoronamiento de los países socialistas, la movilización social que trajo aparejada no fue invariablemente el factor determinante de la disolución del Bloque del Este. En algunos casos jugó un papel preponderante, pero en otros no, lo que invita a repensar la caída del socialismo como una lucha entre la sociedad civil y un poder totalitario inmutable.

En definitiva, el libro, como buen ejercicio historiográfico, construye una historia anti-teleológica para un amplio público. Como afirman Cosovschi y Aguilar, aun cuando los análisis *ex post* dieron cuenta de que el sistema era irreformable, en más de una ocasión los Estados socialistas mostraron que podían cambiar por el impulso de la propia dirigencia asentada en el poder: “en los hechos el socialismo soviético mostró que podía cambiar y que podía hacerlo no por la presión de las masas, sino por gracia y virtud de los propios titulares del poder” (p. 240). Que las reformas hayan fracasado no habla de sistemas irreformables, sino de decisiones incorrectas para reformarlo. Y esta puede ser una de sus claves de lectura: si el socialismo en el siglo XX no estuvo predestinado al fracaso, tampoco puede estarlo en un posible futuro.